

co de Atenas, traspasó los estrechos límites de su escuela: sin las modificaciones que él introdujo en el estilo de la elocuencia ateniense, ni Demóstenes ni Ciceron habrían existido como oradores; y gracias á ellos, la escuela de Isócrates conserva aún cierto influjo en la oratoria de nuestros días.

El punto de partida de Isócrates, fué el estilo principalmente cultivado hasta entonces: esto es, el antitético ¹⁾; y en sus primeros trabajos consagró tanta atención á la simetría del discurso, como el más consumado sofista ²⁾; pero en el período más floreciente de su arte, supo suavizar la rigidez de las antítesis, agrupándolas convenientemente en series.

En sus obras se halla siempre una idea dominante, grande y fecunda, y que habla al sentimiento tanto como á la inteligencia; de aquí, su amor á los asuntos de política general, que tales ideas le sugerían. Dentro de esta idea dominante, elige varios puntos opuestos, como los tiempos antiguos y los modernos, el poderío de los griegos y el de los bárbaros; y desenvolviendo el pensamiento principal en una serie de consecuencias y conclusiones, toca á cada paso estas antítesis, cada una de las cuales tiene también sus correspondientes ramificaciones. Con esto despliega una gran riqueza de variantes, en todas las cuales brilla siempre la idea fundamental, y en las que, no obstante tan maravillosa variedad, reina claridad extraordinaria que permite abarcar el conjunto de una sola ojeada. Al propio tiempo procura Isócrates que los miembros de la proposición que se correspondan por la idea, se correspondan también por la forma, de manera que el oído perciba claramente esta correspondencia: sistema muy en uso entre los antiguos sofistas. Hay que advertir, sin embargo, que no intenta hacerlo con la misma minuciosidad que estos últimos, cuidando hasta de la consonancia de los vocablos; que á menudo interrumpe la correspondencia demasiado exacta de las proposiciones, reduciéndolas á un sistema menos conforme con la rígida regularidad de sus miembros; y finalmente, que cuando se encuentran largas series de miembros antitéticos, sabe precipitar, por decirlo así, el curso de la palabra, y dar á ésta construcción antitética

¹⁾ ἀντικειμένη λέξις.

²⁾ Sobre todo en el discurso á *Demónico*, exhortación sibilina á un joven que se consagra al estudio, compuesta casi enteramente de *isocola*, *homeoteleuta*, etc. Tampoco se echan de menos las antítesis; por ejemplo, en el § 9: τῶν παρόντων — τῶν ὑπαρχόντων.

nueva vida y vigor, con sólo prolongar las proposiciones mismas especialmente en el tercer miembro y al fin ¹⁾.

Los antiguos proclaman á Isócrates, introductor del *Círculo del lenguaje*, que así se denominaba entonces ²⁾; si bien se declaraba ya al sofista Trasímaco, contemporáneo de Antifon, maestro en el arte de redondear los períodos ³⁾. Este Trasímaco era el mismo que se dedicaba á estudiar muy especialmente el modo de excitar ó aplacar la cólera de sus oyentes, los jueces por ejemplo, y en general á pronunciar los sentimientos de sus compatriotas, en el sentido que á sus propósitos cuadraba. Conservábase una obra intitulada *Discursos de piedad* (ἔλεοι), y se comprende perfectamente que esta tendencia de su arte debió llevarle á dar á las proposiciones mayor viveza y energía. Isócrates, sin embargo, fué sobre todo, quien gracias á una hábil elección de los asuntos, dió á la palabra extraordinario impulso, con el cual hallábase íntimamente ligado el llamado *Círculo del lenguaje*. Con esta denominación quiere indicarse una forma y disposición de períodos por cuya virtud los diversos miembros de los mismos, están unidos entre sí como partes de un solo cuerpo, y la conclusión es esperada y aun presentida por el oyente en el mismo lugar en que luego va colocada y antes de que llegue á formularse ⁴⁾. Este efecto es producido, de una parte por la agrupación de varias proposiciones, y de otra, por la relación establecida entre los diversos grupos, de tal modo, que sin necesidad de contar ni medir, advertimos allí al primer golpe de vista una especie de armonía que la más pequeña variación podría destruir por completo. Y esta armonía no reina sólo en las proposiciones incidentales que son resultado de la subordinación lógica de un pensamiento á otro ⁵⁾, sino también en los grupos coordinados del estilo anti-

¹⁾ «En los períodos compuestos,» dice Demetrio, *De elocutione*, § 18, «el último miembro debe ser más largo.»

²⁾ κύκλος, *Orbis orationis*.

³⁾ ἡ συστρέφουσα τὰ διανοήματα καὶ στρογγύλως ἐκφέρουσα λέξις. Véase Teofrasto, en Dionisio, *De Lysia iudic.*, p. 464 (el cual trata de reivindicar también para Lisias la invención de este arte). Por el ejemplo que Hermógenes (en Walz, *Rhetores*, tomo 3, p. 704) cita de Demóstenes, se sabe que era lo que los antiguos denominaban στρογγύλον: ὡσπερ γάρ, εἴ τις ἐκείνων ἐάλω, σὺ τὰδε οὐκ ἂν ἔγραψας, οὕτως, ἂν σὺ νῦν ἄλλως, ἄλλος οὐ γράψει.

⁴⁾ Véanse las excelentes observaciones de Ciceron, *Orator.*, 53, 177, 178.

⁵⁾ Como prótasis temporales, causales, condicionales y concesivas, con su proposición principal.

tético ¹⁾,—en el cual se hallan concebidos la mayoría de los grandes períodos de Isócrates—siempre que se trata de darles una cadencia periódica.

Los mismos antiguos comparaban el período cuyos miembros conservan un equilibrio perfecto, á una bóveda ²⁾ cuyas piedras empujan todas con igual presión hacia el centro. Los miembros de la proposición son aquí realmente como masas que se balancean, y lo que á una de ellas falte en magnitud, lo suplen una fuerza y un peso mayores. Es evidente que todo ello debe estar regulado por el acento retórico, que en la oratoria tiene tanta importancia como el gramatical en el lenguaje y el arsis en el ritmo. Estos acentos deben guardar entre sí conveniente relación, y cada uno de ellos ocupar el puesto que le corresponda; pues la bajada extemporánea de la voz, y sobre todo la omisión ó debilitación del arranque oratorio al fin del período, hieren extraordinariamente todo oído delicado. Sin embargo, los antiguos, como los modernos, dejaron este punto capital al tacto y sentimiento del orador, y no establecieron reglas fijas si no para puntos secundarios, á los cuales el mismo Isócrates consagró en sus pánegíricos atención extraordinaria: en su virtud, evita el hiato, busca armoniosas combinaciones de voces, y ciertos pies rítmicos, sobre todo para el comienzo y el final de las proposiciones; todo ello con un esmero á que no responde ciertamente el efecto que tales artificios producen en el auditorio. En este punto, la prosa de Isócrates se asemeja mucho á la poesía trágica,—también ésta última evita el hiato con más cuidado que ningún otro género poético ³⁾,—con la cual tiene además grande afinidad, por estar,

¹⁾ ἀντικειμένη λέξις.

²⁾ περιφερής στέγη, Demetrio, *De elocutione*, § 13.

³⁾ Los antiguos emiten á menudo la opinión, ciertamente fundada, de que el encuentro de vocales en medio de palabra, así como en las finales é iniciales de los vocablos, dan al lenguaje cierto efecto melodioso (μέλος, dice Demetrio) y dulce (*molle quiddam*, dice Ciceron), como convenia á la poesía épica y á la antigua prosa jónica. Por otra parte, la contracción y elisión de las vocales, hacen al lenguaje más llano y uniforme, y logrando evitar todo encuentro de vocales en el comienzo y fin de las palabras, la lengua adquiere la brillantez y perfección que exigían la poesía dramática primero, y más tarde también la elocuencia panegírica. Según Dionisio, en su *Areopagítico*, Isócrates evitó cuidadosamente todo hiato. Sin embargo, para que este resultado fuera cierto, habría sido preciso admitir mayor número de contracciones de palabras (*crases*), que las que encontramos en el texto.

como ella, destinada á ser recitada en público y por no proponerse tampoco objeto alguno práctico. Por esto los antiguos llamaban al estilo creado por el gran retórico ateniense, estilo pulido y teatral ¹⁾.

Isócrates comprendía perfectamente que para desarrollar este estilo, necesitaba escoger asuntos de cierta índole. Estaba habituado á combinar, de una manera para nosotros harto extraña, la forma y el fondo de su retórica, y él mismo se cuenta entre los que «no componen discursos sobre asuntos privados, si no helénicos, políticos y encomiásticos, los cuales se conforman más al lenguaje musical y cadencioso de la poesía, que á las oraciones que se oyen en los tribunales de justicia ²⁾». El torrente de su palabra exigía ciertas ideas principales que pudieran ser desarrolladas en todas sus partes y demostradas con energía y convicción crecientes; estas ideas, por consecuencia, debían tender siempre á un mutuo acuerdo y formar grupos fáciles de abarcar de una sola ojeada. Bajo la influencia de la retórica isocrática, el estilo ático fué perdiendo gradualmente la sutileza y claridad que lo distinguían, cuando para atender sobre todo á buscar la expresión que mejor cuadraba á cada idea y á determinar el valor verdadero de la misma, sacrificó la armonía de los vocablos y de las formas gramaticales y el enlace de las proposiciones, bases ambas de la desigualdad maravillosa y la riqueza de ideas que caracterizaron el estilo de Sófocles y Tucídides. De sujetarse á aquella primera forma, el estilo ligero y vivo de Isócrates y sus extensos períodos, habrían perdido la claridad, sin la cual el oyente no hubiera podido adivinar lo que había de oír después, ni sentirse satisfecho al ver cumplidas sus esperanzas. En los discursos de Tucídides, por el contrario, el lector no ha comprendido aun bien la idea que el historiador quiere expresar, cuando se encuentra con que está ya por completo formulada. De aquí que Isócrates evite con cuidado todas estas minuciosas distinciones que, en Tucídides, cambian la expresión gramatical, y por el contrario, se esfuerce claramente en continuar cuanto le es posible, la misma construcción con los mismos casos, modos y tiempos. Por otra parte, su lenguaje si bien animado siempre por el calor del sentimiento, está por completo libre de la influencia de esas violen-

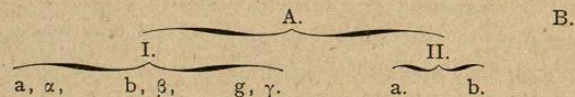
¹⁾ τὸ γλαφυρὸν καὶ θεατρικὸν εἶδος, según expresión de Dionisio.

²⁾ Isócrates, *περὶ ἀντιδόσεως*, § 46.

tas emociones que unidas al refinamiento y á la astucia, cualidades que no tenía ciertamente el honrado maestro de Retórica, producen las que se ha convenido en llamar figuras de pensamiento ¹⁾. Por esto, aunque hallamos en sus discursos preguntas vehementes, exclamaciones y gradaciones, no encontramos ninguno de esos cambios violentos é irregulares de la expresión, que son resultado de aquellos vicios. Además, la construcción periódica y rítmica de Isócrates, que rara vez admite relación alguna entre las proposiciones que pueda sorprender por su desigualdad ²⁾, exige cierta tranquilidad de espíritu y uniformidad en la entonación. Los contradictorios sentimientos que nacen repentina y violentamente en el fondo del alma, romperían por necesidad el orden de estos períodos y formarían con los miembros así separados nuevos organismos. De aquí que los antiguos convengan en que el gran retórico carecía en absoluto de la *vehemencia de la oratoria* (δεινότης), que hace nacer en el auditorio los mismos sentimientos que animan al orador. Y no es que el mucho limar el estilo coarte el vigor de la palabra, como de Isócrates dice Plutarco ³⁾—«¿Cómo no había de temer al choque de la falange, él, que temía al encuentro de dos vocales y que se asustaba de dar al isocolon una sílaba menos de las precisas?»—sino que la uniformidad y la suavidad del lenguaje que era lo que caracterizaba sus discursos, sólo eran compatibles con un desarrollo perfectamente tranquilo del pensamiento, el cual no debía ser turbado por los arranques de la pasión.

¹⁾ σχήματα τῆς διανοίας, cap. XXXIII.

²⁾ Como en el bellissimo período antitético del comienzo del *Panatenáico*, cuya primera parte, con μέν, está perfectamente equilibrada por medio de la oposición entre la afirmación y la negación, y el desarrollo de esta última especialmente, con proposiciones concesivas, mientras que la segunda parte decae. Si representamos el modelo del período del modo siguiente:



B se compone sólo de las palabras νῦν δ' οὐδ' ὀπωσῶν τοὺς τοιούτους. En esto Isócrates acaso imitó á Demóstenes.

³⁾ Plutarco, *De gloria Athen.*, c. 8. Demetrio, *De elocutione*, § 247, observa muy atinadamente que las antítesis y las paromesis no son compatibles con la δεινότης.

Comprendiendo con razón que su estilo no cuadraba sino á la oratoria panegórica, sólo muy raras veces lo empleó en sus discursos forenses, en los cuales se asemeja mucho más á Lisias. Pero no era Isócrates, como este último, orador y logógrafo de profesión. Los escritores de oraciones forenses, comparados con él, le parecían «fabricantes de muñecas comparados con Fidias» ¹⁾; así fué que escribió muy pocos discursos para particulares y con determinados fines prácticos ²⁾. La colección que hoy se conserva y que comprende la mayoría de los discursos que los antiguos tenían por obras auténticas suyas ³⁾, contiene quince oraciones parenéticas y panegóricas, todas compuestas para ser leídas y no para dichas en las Asambleas ó los tribunales de justicia, y seis discursos forenses, de los cuales no cabe duda que fueron escritos para ser pronunciados ante los tribunales ⁴⁾. Isócrates comprendió más tarde en un *Arte* (Τέχνη), los principios que enseñaba en su escuela, y que, con la práctica y la experiencia, había ampliado y mejorado. Esta obra fué muy estimada por los retóricos antiguos, los cuales la citan frecuentemente ⁵⁾.

Hemos recorrido la historia de la prosa ática, pasando revista á una larga serie de estadistas, oradores y retóricos, desde Pericles hasta Isócrates; y si no hemos llegado aún á la cúspide, nos hallamos ya por lo menos á considerable altura. Retrocedamos ahora algunos años, y encontraremos en el sabio ateniense Só-

¹⁾ περὶ ἀντιδόσεως, § 2.

²⁾ [Véase lo que dice Aristóteles, en Dionisio, *De Isocrat.*, c. 18.]

³⁾ Cecilio reconocía como auténticos veintiocho discursos; hasta nosotros han llegado veintiuno.

⁴⁾ El discurso sobre el *Cambio*, περὶ ἀντιδόσεως, no es de este género: lejos de ser una oración forense, fué escrito cuando Isócrates, ante la amenaza de un cambio de fortuna, fué obligado por sus enemigos á aceptar para el Estado una prestación costosa: la trierarquía. Para combatir las falsas ideas que en esta ocasión corrieron sobre su profesión y patrimonio, escribió este discurso, como «un cuadro de toda su vida y de la línea de conducta que siempre había seguido», § 7. [Lleva, más que ningún otro, impreso el sello de Isócrates el discurso sobre las veleidades de la fortuna, mencionado en el texto sólo como de pasada, περὶ ἀντιδόσεως, ὁ ἀντίδοσις, como le llama Aristóteles, 3, 17. El mismo Isócrates lo presenta en el prólogo que lo precede, como de un género completamente nuevo y desusado. Con todas las apariencias de un discurso forense, es una defensa de toda su conducta, no libre de presuntuosa jactancia.]

⁵⁾ La cita más importante de este trabajo, se halla en uno de los escoliastas de Hermógenes. Véase Spengel, *Συναγωγή τεχνῶν*, p. 161.

crates, un nuevo punto de partida para el estudio de la civilización, no sólo de Atenas, sino de la humanidad en general, y para examinar las numerosas é importantes producciones que nacieron de aquella admirable fuente ¹⁾).

¹⁾ [Á este punto llegaba O. Müller en la redacción de la obra, cuando falleció en Grecia, á donde le había llevado el deseo de hacer nuevas investigaciones para continuar su trabajo. El editor ha querido dar también á la estampa la versión del libro de Heitz, escrito para servir de complemento al de Müller, y el cual forma el tercer tomo de la presente edición.]

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO XVII	
Escritos filosóficos.....	1
CAPÍTULO XVIII	
Historiografía.....	31
CAPÍTULO XIX	
Heródoto.....	43
CAPÍTULO XX	
Atenas.....	57
CAPÍTULO XXI	
Orígenes de la poesía dramática.....	75
CAPÍTULO XXII	
Estructura de la tragedia antigua.....	91
CAPÍTULO XXIII	
Esquilo.....	121
CAPÍTULO XXIV	
Sófocles.....	149
CAPÍTULO XXV	
Eurípides.....	177